

## LA FORMACIÓN DE LOS NIÑOS, SEGÚN LAS ENSEÑANZAS DEL BEATO JOSEMARÍA

Jesús Urteaga

**Summary:** The founder of Opus Dei gave much attention to child education. This is confirmed by his different activities: direct catechesis with the young, his advise to parents, and the founding of educational centers and schools based on the philosophy of Opus Dei. This article stressed the concepts that the Christian home leaves the most important of marks in the soul of children. Love for parents promotes love for Mary and Joseph; the family example refines religious and moral doctrine.

**Key words:** children, school, Christian home, love for the Virgin, parents, freedom and responsibility.

**Résumé:** Le fondateur de l'Opus Dei a consacré beaucoup d'attention à l'éducation des enfants. Ses multiples activités le démontrent : la catéchèse personnelle avec des jeunes, ses conseils adressés aux pères de familles et la création des centres culturels et éducatifs ainsi que des écoles et des collèges, fondés selon la philosophie de l'Opus Dei. Dans cet article on souligne l'idée qu'un foyer chrétien marque d'une façon remarquable l'âme de ses fils : l'amour des parents contribue au développement de l'amour à la Vierge Marie et à Saint-Joseph; l'exemple familial apporte de la lumière à la doctrine religieuse et morale.

**Mots clés:** enfants, école, foyer chrétien, amour à la Vierge Marie, pères, liberté et responsabilité.

**C**on motivo del Centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, se me pide un artículo sobre la formación de los niños.

Hablando del cimiento del Opus Dei, él nos comentaba cómo fue a buscar fortaleza en los barrios más pobres de Madrid. Todos los días entre pobres miserables, y entre niños con los mocos en la boca, sucios, pero niños, que quiere decir almas agradables a Dios.

Alrededor de 1930 contaba ya en su labor con millares de horas dedicadas al catecismo, a la confesión, a la preparación de primeras comuniones. Año hubo en que pasaron de cuatro mil los chiquillos que recibieron al Señor por primera vez.

En los niños socorría a Cristo, y lo mismo hacía en los enfermos. “Para un alma enamorada –nos decía– los niños y los enfermos son Él”.

**Gaztelueta, 15 de octubre de 1951.** Con esta fecha comenzamos la tarea formativa de los niños en la zona de Guecho (Vizcaya). Varias familias se habían dirigido al Fundador de la Obra, pidiéndole que se creara un centro de enseñanza dirigido por hombres del Opus Dei.

No se limitó el Beato Josemaría a autorizar la creación del colegio, sino que estableció las directrices que le conferirían su propia personalidad, siguiendo muy de cerca los primeros pasos y el desarrollo posterior. “No me olvidéis –nos escribía en diciembre de 1951– que Gaztelueta será el modelo para futuros colegios en todo el mundo: vale la pena dar también gar-

bo humano a este trabajo de Cristo”. En esta misma carta nos decía que el colegio lo forman los padres, los profesores y los chicos “en una unidad de intenciones, de alegrías y de sacrificios gustosos”.

Las “reglas del juego” surgieron de inmediato: se evitan los castigos, se vive la laboriosidad, la reciedumbre, el respeto a profesores y compañeros, la sinceridad, junto con la lealtad.

*El Escudo del Colegio.* Así rezaba el lema que se había puesto en el Escudo del Colegio: “Sea nuestro sí, sí; sea nuestro no, no”. Esa sinceridad la aprendieron pronto los niños. Es virtud primordial para una recta y completa educación. En Gaztelueta sobran los “acusicas” y los “embusteros”.

*Nuestras pretensiones.* Nos propusimos que los alumnos salieran de Gaztelueta, en su día, con convicciones serias; que fuesen hombres capaces de opinar por cuenta propia, muy libres, muy responsables, con una concepción cristiana de la vida como servicio a Dios y a los demás.

Los padres colaboraban con los profesores y asistían mensualmente a un retiro espiritual que incluía una charla sobre cuestiones educativas. Era el día en que se cambiaban impresiones sobre la marcha de sus hijos.

Desde el primer día de la vida escolar habíamos suprimido muchas cosas que “se llevaban” por entonces en los centros educativos. En Gaztelueta no había filas, ni puestos fijos en las clases, ni cuadros de honor en las paredes, ni los becarios entraban por la puerta de atrás.

El Opus Dei nunca ha tenido ni tendrá escuelas de pensamiento filosófico, ni teológico ni pedagógico... de ninguna clase. Lo que sí encontraremos en los alumnos de Gaztelueta son numerosísimos rasgos del espíritu de la Obra, que se pueden encontrar en todos los Centros de la Obra: el sentido de la filiación divina, el amor a la libertad, la conciencia de la responsabilidad y el servicio al prójimo; el estudio como obligación grave; sentido laical y profesional al ser y sentirse ciudadanos; el apostolado de la amistad, el aprecio de las virtudes humanas; la colegialidad en el gobierno; el saber corregir con delicadeza; el saber hacer hacer; el sentido de iniciativa y de lealtad en que se convierte la obediencia activa e inteligente.

*Educación en la fe.* Éstos son los puntos que se dejaron escritos por entonces para recuerdo de profesores y alumnos:

La formación espiritual tiende a lograr que todos los alumnos adquieran una vida de piedad sólida, basada en la filiación divina -verdadero cimiento de su vida espiritual-, y en una profunda devoción a Nuestra Madre la Santísima Virgen María.

Al mismo tiempo se procura que adquieran la debida formación doctrinal-religiosa, principalmente a través del estudio de las verdades de la fe.

Como la formación religiosa está fundamentada en la libertad, nunca se imponen prácticas de piedad obligatorias.

Y como todos los cristianos tenemos que santificar la vida ordinaria, se les inculca el vivir la presencia de Dios en las actividades cotidianas.

*Carta a los padres.* El Beato Josemaría me escribía el 3 de septiembre de 1951 desde Roma: "Poned entusiasmo humano -ilusión- que es buen camino para hacer labor sobrenatural".

Ahora os escribo, padres -muy ilusionado- para hablaros de esas cuatro cosas que podemos hacer para que vuestros hijos sean almas fieles a los principios cristianos y desarrollen una labor extensa y apostólica propia de los hijos de Dios.

Un cristiano es aquel, aquella, que levanta una torre sobrenatural -ayudado por la gracia de Dios- sobre una roca hecha de virtudes humanas, con afanes de servicio, en provecho de los demás.

Aceptad y quered a vuestros pequeños como son, con sus cualidades y defectos, virtudes y manías; que "son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida" (*Don Quijote de la Mancha*, I, cap. XVI). Tened presente que todos tienen suficientes gracias y dones como para poder levantar en sus almas un alcázar roquero.

A todos los educadores nos corresponde tratar de ayudar a vuestros hijos a ser cristianos cabales, muy hombres -leales, resueltos, emprendedores, responsables, laboriosos, amigos de la libertad, sinceros, sin miedos, sin vergüenzas, sin escrúpulos, sin temores-, y muy hijos de Dios, con fe, con esperanza, con amor: con un gran amor, con una fuerte caridad que los empuje desde a dar de comer al hambriento hasta a despertar a los dormidos, que son muchos y se arriesgan a perder el Cielo.

El fin de la formación espiritual está en llegar, ciertamente, al Cielo: los padres y los hijos, con amigos y vecinos, parientes y colegas. Allí, arriba, están las almenas de los torreones contruidos en la tierra. Aquí abajo, en el hogar, en el trabajo y en la calle, es donde habremos de ganarnos el premio, preparando, cara a Dios, un mundo bueno -lo mejor posible- para todos. Allí, a las alturas, hay que llegar con las alforjas llenas de obras buenas. Con palabras de Sancho a la Condesa Trifaldi, tenemos que conse-

guir que "barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa" (*Ibidem*, II, cap. XXXVIII).

**Preparadles un hogar.** La educación de los hijos comienza veinte años antes del nacimiento de los padres.

**Daréis a los vuestros lo que habéis recibido.** No obstante, sí les podéis preparar un hogar, mostrar vuestra vida, presentar unas directrices divinas, formarlos doctrinalmente, fomentar unas virtudes humanas e inculcarles un fuerte sentido de responsabilidad.

Empezad por dar con ellos los primeros pasos; dejadles, después, que vayan a tientas bajo vuestra amorosa mirada. No tratéis de ahorrarles coscorriones ni simplifiquéis sus engorros y problemas. Señaladles unas metas, marcadles el paso, mostradles la luz –doctrina– y decidles, –caminando– cómo se anda, para finalmente dejar que marchen, cuanto antes, solos, por la vida, hacia Dios.

**Es el hogar lo que dejará la impronta más relevante en el alma de los hijos.** Ni las infidelidades ni las felonías de los extraños, ni el mal ambiente que formen los desconocidos, contará tanto como el contagio, dichoso, de la vida cristiana de sus padres.

Si me preguntáis qué es lo que más forma en el hogar –¿la oración, el crucifijo, los consejos?– contesto que todo: el rezo, los padecimientos y la vida entera de cada día; las alegrías, los desasosiegos, los cuidados, las preocupaciones y los apuros; los grandes alborozos y las realidades pequeñas de cada jornada; las fiestas azules, sin nubes, llenas de sol, las jornadas negras, tormentosas, con pejiğeras, y los días grises, en los que casi nunca ocurre nada extraordinario.

Hay una constante que se llama alegría y buen humor. Cuando lleguen las tristezas, todos las comparten. Los pesimismos se desechan.

Cuando lleguéis a casa, padres, no os encerréis en vuestros papeles. Todos os esperan. Es la hora del juego con los pequeños, la hora de los cuentos, la hora de los cantos, la hora de las risas, la hora bendita del descanso en familia. Ahí está, también, vuestro heroísmo.

El hogar que habéis de preparar para los pequeños ha de parecerse al que tenían en Betania, Lázaro, Marta y María. Debía ser muy acogedor. Jesús se encontraba a gusto en aquella casa. Tenía confianza como para presentarse a comer sin previo aviso. Allí se vivían la sencillez, la naturalidad, la generosidad, los afanes de servicio, las delicadezas para todos.

Por supuesto que a vuestro alrededor no hay mentiras ni cadenas; todo es verdad y libertad. Sí hay unas reglas de juego, pocas, a las que todos se someten en beneficio de los demás.

**Un hogar cristiano es un trozo de tierra arrancado al cielo, donde se aprenden –entre libros, aficiones, música y deportes– las grandes directrices acerca de Dios, la vida, la muerte, el hombre, el mundo y el amor.**

**Mostradles vuestra vida** La mejor escuela para los hijos la tenéis en casa; y vosotros sois los mejores maestros; pero espero muchísimo más de padres y profesores mudos y santos que de predicadores y sermoneadores que no hacen lo que dicen.

En cambio, sí podéis contar con que se acogerán a todos vuestros ideales. La pedagogía no está hecha de lecciones sino de trozos de vida, que se pegan por calcomanía en el alma de los hijos.

Han de comprobar que no os habéis estancado; que no os conformáis con las etapas alcanzadas; que tratáis de saltar de continuo del maldito acostumbamiento; que os esforzáis por dar, cada día, más y mejor; que cuando caéis, os incorporáis de nuevo; que no importa tanto lo

que se alcanza como lo que seriamente se pretende lograr; que hay que terminar el castillo.

**Cuando os equivoquéis, no tratéis de disimular; sencillamente... rectificad.** Cuando se equivoquen, concededles otra oportunidad, el derecho a cambiar. Si os fiáis de ellos, os asombrará el comprobar de lo que son capaces.

Cuando en el hogar se cierran las puertas de la presencia de Dios y de la ilusión profesional, se abre el ventanuco de la rutina, que lo añasca todo: lo divino y lo humano.

*Enseñadles a rezar.* Si la piedra fundamental de la formación espiritual está en el hogar, los pilotes para consolidar los cimientos de una vida cristiana están hechos de filiación divina. Dios no es un niño con bucles de oro y camión rosa. Ni el hijo que hace volar pájaros de barro. Ni el tirano que acecha para castigar nuestras faltas. Ni el comerciante rumboso con quien se puede traficar. Cristo es muy Hombre y muy Dios, Amor y Todopoderoso.

A nuestro Dios hay que tratarlo como lo que es: un Padre Bueno que nos pide un trato constante, que sale con frecuencia para vernos regresar a la casa paterna, que quiere entrar en nuestra alma por la Eucaristía. De nosotros depende el que verdaderamente sea un personaje importante. **Con Él se debe contar a la hora de rezar, estudiar, trabajar, dormir, jugar y marchar por la calle.**

Seguid el consejo de San Ambrosio a Mónica, madre de Agustín: "En vez de hablar a tu hijo tanto de Dios, es preferible que le hables más a Dios de tu hijo". Rezad, rezad por ellos; y aunque vivan alejados, un tiempo desgraciado, sabed que regresarán y volveréis a reunirlos en la Casa del Cielo. ¡Rezad!

Enseñadles a recitar oraciones cortas, al tiempo que les aclaráis que no hacen falta rece-

tas y formularios para decir a Jesús lo mucho que se le quiere.

Decidles que los que quieren poco a Dios, después de rezar por la mañana, le olvidan hasta la noche.

**En la vida de los que aman a Dios no debe faltar el amor a quienes Dios más ama: su Madre y Madre nuestra, y el elegido por el cielo para hacer de Padre en la tierra: María y José.**

Una jaculatoria a la Virgen Santísima, un acto de amor a San José, pueden y deben brotar tanto en la Iglesia como en el "bus", en las callejas del pueblo, en el campo y en el "metro"; en el "cole" y en el baño; en las escaleras y en el comedor. La frecuencia del recuerdo de quienes se quieren viene dado por la intensidad del cariño.

Tratad de formarles en una piedad sólida, doctrinal y práctica.

Dios, que prevé bien las cosas, ha puesto, junto a cada hijo, un padre, una madre y un ángel que le protege. Que se acostumbre a saludarle.

No pongáis al demonio a la altura de las brujas, fantasmas y duendecillos. No establezcáis semejanzas entre la realidad y las leyendas.

Si conseguís que se mantenga vivo el sentido de la filiación divina, en vuestro entorno habrá serenidad y alegría; nunca miedos, desánimos ni desalientos que no se compaginan con la presencia de Dios.

*Formadlos doctrinalmente.* Sois, padres, directamente responsables de su formación doctrinal. **"Los padres han de ser para con sus hijos los primeros predicadores de la fe, tanto con su palabra como con su ejemplo"** (Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 11).

**¡Madres! "Transmitid a vuestros hijos y a vuestras hijas las tradiciones de vuestros padres, al mismo tiempo que los preparáis para el porvenir" (Mensajes del Concilio a la humanidad: a las mujeres, 6).**

¿No será suficiente con que asistan a colegios católicos? No.

¿No bastará con que los hijos estudien seriamente los libros de religión? No.

Tenéis el deber de enteraros si están recibiendo, y de verdad cala en sus almas, "la instrucción catequética que ilumina y robustece la fe, anima la vida con el espíritu de Cristo, lleva a una consciente y activa participación del misterio litúrgico y alienta una acción apostólica" (*Gravissimum educationis*, n. 4), o si, por el contrario, hay profesores, lecturas, amigos o ambientes que les están descaminando. No podéis dejar a vuestros hijos en manos de mercenarios.

**Preocupaos seriamente de su formación doctrinal religiosa y moral.**

Si para ello se precisa exigir a los profesores de los centros educativos, hacedlo.

Si requiere interesarse por montar bibliotecas, formadlas.

Si se necesita participar en las asociaciones de padres, intervenid.

Si comprendéis que es importante dar charlas, conferencias o círculos de estudio a los chicos, dadlos.

Si tenéis que abrir las puertas de vuestros hogares para ayudar así mejor a los amigos de vuestros hijos, abridlas.

Si esto os obliga a que os instruyáis seriamente en la catequesis de la doctrina cristiana, estudiad el *Catecismo*.

Preparadlos con una fe sólida, sin rutinas, sin formulismos, con un espíritu que les haga pensar, sentir, juzgar, hablar, valorar y actuar conforme al Evangelio.

**¡Que apunten alto!**

Si en lo humano hay que animarles a que miren arriba y hagan mucho por llegar alto "–No apoquéis vuestro ánimo tanto, dice el Caballero a su escudero Sancho, que os vengáis a contentar con menos que con ser adelantados" (*Don Quijote de la Mancha*, I, cap. VII)– en lo sobrenatural es ridículo por parte de los padres, y mediocre por la de los hijos, conformarse con algo que no sea santidad.

Que aprendan pronto que la santidad está hecha de oración, mortificación, vida sacramental, servicio, trabajo y apostolado.

**Que sepan que la vocación es la gracia más grande que se puede recibir en esta tierra.** Es un don del Señor; pero es un regalo que se concede a los que lo piden; un cariño se otorga a quienes trabajan por recibirlo. Al que llama, se le abre.

Si truncáis la vocación de entrega a Dios, seréis responsables de todo el bien que el Señor pudo hacer, sirviéndose de vuestros hijos como instrumentos en el mundo de las almas, y no se hizo.

Si cada alma es una obra de artesanía hecha por Dios, ¿por qué os extrañáis de que vuestros hijos sean todos distintos?

Una cosa es lo que os propongáis y otra lo que resulte. No obstante, no os asustéis bajo ningún concepto. Saldrán hombres buenos y eficientes.

Contad siempre con que a vuestros hijos les llegará la hora en la que han de elegir: con Cristo o contra Él. Dios no quiere esclavos a su servicio.

Después de colaborar en su formación espiritual, a ellos les corresponde poner su parte. La respuesta es personal e intransferible. Cristo formó a doce hombres durante años, y... uno le salió "rana". Alguien podría decir que eso de malo tiene Dios: el ser muy amante de la libertad.

*Hacedlos responsables de su vida cristiana* Rezad y trabajad por formarlos cristianos comprometidos, libres y responsables. **La libertad y la responsabilidad son dos fuerzas que habrán de tirar del carro del alma en la misma dirección.** ¡Pobres de nosotros si marcharan por empedrados distintos!

Que se valgan a sí mismos lo antes posible. No perdáis este punto de vista. **La formación de los muchachos consiste, precisamente, en ponerlos en condiciones de marchar solos por la vida, con la responsabilidad de ser alguien y hacer algo.**

Qué fácil resulta escribir sobre lo que debéis hacer, ¿verdad? Pero no os quejéis, que Dios os mira por los ojos de vuestros hijos y por los ventanucos de la casa que habitáis. El Señor está detrás del biombo y de los aparadores. Permanece junto al fogón. Está sentado junto a vosotros. Os acompaña en los acontecimientos familiares y llena el alma de fuerza para que cumpláis vuestro cometido.

Os decía al principio que un cristiano es aquel que ha de levantar una torre sobrenatural. Y la construcción de unas torrecillas de adobe, como de un majestuoso castillo de piedra berroqueña, requiere esfuerzo, y constancia, y orden, y aprendizaje. Pero que no se asusten: a medida que vayan poniendo ladrillos y argamasa, apreciarán una mayor firmeza en la voluntad y una facilidad que no tenían en los comienzos, y habrá eficacia y surgirá, incluso, la satisfacción.

Deben aprender pronto lo que lleva consigo la responsabilidad: saber escuchar, asumir las

consecuencias de su actuación, rendir cuentas a Dios, a sus padres, a la sociedad, a sí mismos.

Dadles luz sobre los principios que han de regir su actividad humana. Deben saber –pronto– lo que quieren hacer en la vida y a dónde quieren llegar. Pero con *quereres*, no con *quisieras*. La buena voluntad no es suficiente cuando las cosas se pueden llevar a cabo con un poco más de coraje.

Tiene que haber mucho entrenamiento para no descorazonarse en los tropiezos, y recomenzar allí mismo donde se ha caído.

Hay que saber enfadarse ante las faenas, las infidelidades, las desobediencias y las perezas de los hijos. Pero no tanto por sentir herido el orgullo de pedagogo como por el desamor que supone para Dios y el daño que hizo al prójimo.

Un cristiano ha de ser un hombre de criterio. "Y el criterio supone –escribe el Beato Josemaría– madurez, firmeza de convicciones, conocimiento suficiente de la doctrina, delicadeza de espíritu, educación de la voluntad".

Hacedles vencedores de sí mismos, que, en el decir del personaje de Cervantes, "es el mayor vencimiento que desear se puede" (*Don Quijote de la Mancha*, II, cap. XXII).

Que aguanten los achaques de dentro y de fuera. Que aprendan del Caballero de la Triste Figura lo que nos aconseja cuando está en sus cabales: "Y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella" (*ibídem*, I, cap. VIII).

Mostradles cómo son muy pocos los genios que ha conocido la historia de la humanidad. Todos somos bastante parecidos; y, en todo caso, unos talentos compensan la falta de otros. Y, en

definitiva, el que triunfa al final, mañana –en lo sobrenatural y en lo humano–, es el que vence la pereza hoy. Las genialidades están hechas de trabajo.

No olvidéis explicarles bien por qué tienen que esforzarse, pero ¡que pongan esfuerzo!

No tratéis de asegurarles una vida fácil; mejor será templarlos para afrontar una vida dura. Que no piensen en el mucho dinero que les dejaréis el día de mañana, si es el caso. Enseñadles, más bien, a estudiar, trabajar, luchar... y dejadles, a lo sumo, unas monedas para un refresco.

Los mimos, zalamerías, besuqueos y carantoñas pueden ayudar a hacer de un muchacho un pelele perfectamente inútil.

Hay unas virtudes más llamativas que otras; las hay que tienen mejor cartel. Por lo general, las que nos dicen menos son las que necesitamos más.

Que aprendan pronto que el plan que nos hemos trazado para cada día lo tenemos que cumplir. Nunca es excusa la pereza, la desidia, la falta de ganas y el dolor de muelas. La única razón que puede motivar el que algo programado no se realice es la caridad.

¿Se te ha ocurrido pedir al Espíritu Santo el don de fortaleza para tus hijos? Añadirá a la reciedumbre humana que van consiguiendo con el esfuerzo repetido, una alegría y una felicidad que revela la ayuda divina.

*Hacedles responsables del mundo pagano.* Mirad el mundo que va a convertirse en el escenario de la vida de vuestros hijos: doctrinas falsas, corrientes inseguras, principios erróneos, ideas equivocadas, errores de bulto, ignorancias acerca de Dios y de su Iglesia... Es un ambiente pagano al que hay que cristianizar.

Contemplad la tierra en la que van a vivir: voluntades flojas, malos ejemplos, conciencias torcidas, deformadas, y bajezas...

Tenéis que prepararlos para este determinado mundo en el que vivimos. Los hijos abúlicos, débiles, egoístas, mimosos, falderos, son arrastrados por las aguas. **Hay que marchar contra corriente.** Tus hijos tienen que ser ciudadanos de un país, miembros de una sociedad, trabajadores, profesionales metidos en un gran quehacer humano.

Vuestros hijos deberán ser hombres con una opinión política, hombres de criterio, con una conciencia bien formada acerca de los problemas religiosos, sociales, económicos y políticos de este tiempo.

**Debéis formarlos para que tomen parte en las minorías que rigen a la masa, porque para que salgan gregarios no hace falta preocuparse mucho.**

Para que terminen siendo espectadores pasivos de los acontecimientos de nuestro pagano mundo, no se requiere ninguna formación especial. Pero tened en cuenta, padres, que las posturas indiferentes son totalmente inadmisibles en un cristiano.

Decid a los hijos, con palabras del Papa Juan Pablo II: "Ningún hombre es un iceberg a la deriva en el océano de la historia; cada uno de nosotros forma parte de una gran familia, dentro de la cual tiene un puesto que ocupar y un papel que desempeñar. El egoísmo vuelve sordos y mudos; el amor abre de par en par los ojos y el corazón".

Decidles de mi parte: Podéis cambiar el rumbo de la historia. Precisa que lo hagáis. Bastante lo hemos estropeado los viejos. Si lo inexorable es algo que no se puede evitar, la historia es exorable, la historia será como la hacemos



nosotros. Dios quiere que sea buena, y presta su ayuda para que la trabajemos. Precisa que arriméis el hombro. Gastaos en este cometido.

Tienen que ser hombres que sientan en su carne los problemas y preocupaciones de su tiempo y de su patria. Han de compartir los afanes y trabajos de todos los otros hombres. Tienen que sentir un gran interés, una honda preocupación de hacer algo por los demás. Habrán de ser de aquellos audaces que encaucen, dirijan y den soluciones cristianas a los tremendos problemas que andan en juego.

*Hacedles responsables del alma de los demás.* Que aprendan pronto a decir "tú" y a mirar alrededor. Que se olviden del monigote que anida en su panza.

No insistáis en que la caridad bien entendida comienza por uno mismo. Eso se aprende solo. Decidles que, para un cristiano, el capricho ajeno está por encima del personal.

Así cantaba Don Quijote con un puñado de bellotas en la mano: "Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta edad nuestra de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío" (*ibidem*, I, cap. XI).

Tan pronto como digan "lo mío es para mí", que recen el "Ruega por nosotros, pecadores". Y explicadles después quiénes forman el "nosotros".

**Tan pronto como hablen de lo que es suyo, ponedles en contacto con la miseria de los suburbios, con el hambre de los chiquillos, con el dolor de los mayores.**

Cuando sean jóvenes no olvidéis de acompañarles, en visita detenida, a ver qué es eso de un hospital por dentro.

Recordadles que todos respondemos de todos. Y no sólo de la vida vegetativa de los otros, sino también de su alma.

El pensar que allá cada uno con su conciencia es, al menos, tan estúpido como el decir de los pobres que allá ellos con su poco dinero, con su mucha miseria. Ni la atención corporal del prójimo afecta solamente a los ricos, ni la espiritual exclusivamente a los que ya son santos.

Hacedles ver que, para un cristiano, cuenta más una lágrima ajena que un rasguño propio.

Continuad con esa labor de formación espiritual, trabajosa pero bonita, hasta que podáis cantar como el escudero del famoso Hidalgo, cuando con orgullo santo decía de sus hijos: "Dos tengo yo, que se pueden presentar al Papa en persona" (*ibidem*, II, cap. XIII).

Dadles a leer el primer punto de *Camino*. Os puede dar ocasión para hablar del Beato Josemaría Escrivá, que está detrás de todas las cosas buenas que os he dejado escritas aquí.

Como sacerdote, rezaré para que seáis luz y fuerza para los vuestros; con la palabra podéis mostrar el camino, y con el ejemplo, la forma de recorrerlo. ■